

## UN FOLLETIN DE MAX NORDAU.

Muchos de nuestros lectores conocerán ya por sus obras ó al menos de nombre al famoso crítico alemán Max Nordau, escritor violento por temperamento, materialista por escuela, y moralista por vocación, todo lo cual, unido á un notable talento y á grandes cualidades de escritor, le ha dado muchísimo renombre en el mundo literario europeo.

Como escritor es poco simpático, pues sus puntos de vista son demasiado exclusivos, es apasionado en sus juicios, y en sus críticas hay mucho de saña, de falta de caridad, y una pedantería y sequedad de protestante que ofenden. Pero cuando da en el clavo no cabe duda de que sabe decir las cosas, y de que en sus juicios hay mucho de aprovechable.

Ahora mismo, en la *Neue Freie Presse*, de Viena, hemos leído un folletín suyo en el que, prescindiendo de la falta de caridad y del exclusivismo de escuela á que antes nos referíamos, da una verdadera lección de moral pública á propósito del monumento inaugurado hace poco en París para perpetuar la memoria del novelista francés Guy de Maupassant.

«Hace algunos días—dice—que se ha inaugurado en el parque Monceau el monumento á Guy de Maupassant. Su autor, el escultor Carlos Verlet, es un excelente artista, pero sus creaciones no son á propósito para la vía pública. Hay escultores que poseen el sentimiento de lo monumental (el renacimiento italiano dió grandes muestras de ello), es decir, que saben reducir á forma artística lo grande, lo simbólico; en cambio, querer convertir lo pequeño en grande, en monumental, resulta muchas veces cómico: y esto es lo que le ha pasado ahora á Verlet con su monumento á Guy de Maupassant. Ha representado un sofá semi-circular donde, entre almohadones colocados en artístico desorden, se halla reestada una joven dama pensativa: sus facciones son de una finura parisiense exquisita; sus cabellos ondeados á la última moda de Lenterie; los piés que salen del borde de sus vestidos, están calzados con medias de seda caladas y lindísimas chinelas con altos tacones. El vestido consiste en una bata en *déshabillé* adornada con ricas blondas, que en su parte inferior se ensancha y revuelve dejando ver la encantadora enagua de franja finísimamente bordada. En estos *dessous* ha puesto Verlet un cuidado especial: y la verdad es que ellos son la clave de todo el sentido del monumento. La hermosa parisiense, con sus espresivos *dessous* y espirituales chinelas, tiene un libro, una novela en su mano izquierda, caída al descuido del ensueño: las visiones á que éste da cuerpo son seguramente personajes de las novelas de Guy de Maupassant. Detrás del sofá, se levanta en alto zócalo un busto del novelista de un parecido que bien se puede llamar terrible: aquella frente baja, aquellos pómulos salientes, la nariz corta y gruesa, el bigote erizado, la boca groseramente sensual, la faz de Guy de Maupassant que tanto me impresionó la primera y única vez que le he visto.

«Los ojos del busto parecen mirar fijamente á la mujer que hay debajo: no al libro que la hace soñar, no á la mano que lo tiene, no; mas allá, á los piés, y especialmente á los sugestivos *dessous*. La obra de Verlet es una página del *Decameron*, que cuenta la historia de una enagua y de su hipnotizadora influencia en un calavera. Como asunto para un grupo en porcelana de Sajonia destinado á adornar un *boudoir*, la idea no es mala; pero en mármol, de tamaño mayor que el natural, para monumento en un parque público, no es cosa laudable.

«Un monumento público es por esencia educador; con él, mas que pagar un tributo al mérito personal de un hombre determinado, se pone ante los ojos de la multitud un ejemplo digno de ser admirado é imitado. Ante un monumento público lo primero que uno debe preguntarse es: ¿qué enseñanza hay en eso? Y la moral de Verlet en el parque Monceau no es otra que la que se desprende de los libros de Maupassant. ¿En qué piensa aquella figura de señora parisiense con el libro en la mano? No es difícil adivinarlo; no hay duda de que unos bigotes como los del busto que tiene encima desempeñan un gran papel en sus ensueños.

«Ahora bien: el parque Monceau tiene su público especial; está situado en un barrio de riqueza y elegancia, y sirve de lugar de esparcimiento á los niños de familias aristocráticas: allí se ven las ámas de eria mejor ataviadas de París: allí las damas de tres á cinco años aprenden á lucir sus vestidos de corte ruso y sus lazos y joyas: allí estas parisiensitas se acostumbran á mirarse mutuamente, á comparar sus vestidos, á medirse como rivales, y á juzgar de sus respectivas fortunas por el precio de sus juguetes y la riqueza de la librea de sus sirvientas. Pues bien, á estas niñas en seguida ha de llamarles la atención el nuevo monumento: la hermosa dama de mármol forzosamente les ha de causar impresión, y en su actitud aprenderán para siempre la manera de sentarse con cierto abandono, la manera de dar vuelo al vestido una vez sentadas, y la manera de lucir debajo el vestido las chinelas y las medias de seda caladas. Su imaginación infantil tendrá ya un fin, un ideal: «¡Ay!—pensará cada una—cuando seré bastante crecida para poder leer novelas vestida y sentada como aquella señora, teniendo detrás un señor que asome su cabeza por encima de mi espalda!» Y á medida

65

26 Mayo 1898

que vayan siendo mayores irán pensando en quién pueda ser aquel señor cuyo busto se ha puesto en alto para ofrecerlo á su admiración. Entonces querrán leer á Maupassant, su mamá se lo prohibirá, pero: «Mamá anda equivocada— pensarán ellas—; un escritor á quien se hace el honor de levantar un monumento en un sitio de recreo de niños de una gran capital, debe ser irreprochable.» Y leerán á Maupassant, y conocerán las poco edificantes heroínas de sus novelas.

«Cuando las hayan conocido y quieran saber el valor de generalidad, el valor social de aquellos personajes, el valor social de las obras de Maupassant, podrán buscar los discursos que hombres eminentes pronunciaron en el acto de la inauguración del monumento, y verán que M. Henri Roujon dijo que los cuentos de Maupassant son verdaderos de una verdad eterna y penetrados de humanidad; que Guy de Maupassant no solo es un nombre mas en el martirologio del Arte, sino que hay que inscribirlo con letras de oro en el Panteon de la Fama poética. Verán como M. Emile Zola afirmó que «Maupassant representa la salud y la fuerza de su raza: que fué un latino de cabeza sólida y clara, un cincelador de frases que brillan como el oro y son puras como el diamante».

Dado lo que fué Maupassant en su vida, y lo que fueron sus obras y su muerte, no hay duda de que, dejando aparte sus indisputables méritos de escritor y de artista, la ejemplaridad del monumento, realizada por los elogios de aquellos oradores, ha de resultar desastrosa para las niñas, mas tarde mujeres, que suelen frecuentar el sitio en que el monumento está emplazado.

Zola dijo que Maupassant representaba la salud y la fuerza de su raza. «A confesion de parte, relevacion de prueba», contesta sarcásticamente Max Nordau.

Como se ve, la sátira es tremenda; pero, ¿quién duda del fondo de verdad que hay en ella? Se está haciendo un abuso tal de los monumentos, que no viene mal de cuando en cuando un latigazo como esté de Max Nordau.

Nuestros lectores recordarán que el *Diario* muchas veces, y la última muy recientemente, ha sostenido sobre el particular, y con referencia á monumentos levantados ó proyectados en nuestra ciudad, ideas muy semejantes á las espuestas por el doctor Max Nordau en el folletín que hemos extractado.

No basta que un hombre haya hecho cosas notables en su vida, que haya sido meritísimo en cualquier esfera de la actividad ó de la inteligencia humanas, para poner su efigie en lo alto de un monumento: lo hecho por él bastará tal vez para mantener en aprecio su memoria dentro del círculo especial en que se haya movido; para evitar que sus obras sean ignoradas por aquellos á quienes convenga conocerlas y perpetuar, si se quiere, su recuerdo entre la generalidad de un modo adecuado á la naturaleza y á la energía de su esfuerzo ó de sus ideas. Pero para poner su imágen en lo alto de un monumento público, es menester que las cosas que aquel hombre haya hecho, que los méritos que haya contraído, que su figura, en fin, sean *monumentables*; es decir, que tengan un valor social extraordinario, un valor social ejemplar: que el monumento enseñe algo, y que lo que enseñe sea bueno. Salirse de este círculo de ideas es una inmoralidad ó una ridiculez. Los monumentos son siempre para las multitudes; y elevar ante sus ojos una figura que sintetiza una cosa que no es buena, ó una cosa que no es grande, es desviarlas del camino del bien ó fomentar su raquitismo moral con la exaltación de lo pequeño. Es además una traición á la memoria del mismo á quien se pretende honrar.

A un hombre notable á quien mostraban la columna Vendôme con la figura del Emperador en lo alto, le preguntaron: «¿Le gustaria á V. estar allá arriba?» «No—contestó muy cuerdamente—temeria marearme.»

«¿Ay del pueblo aquel, cuyas estatuas se marcan en lo alto de sus monumentos!»

J. MARAGALL.

## CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 23 de enero.

Es indudable que el manifiesto de los señores Martínez de Campos, Silvela y